

GUINEA ECUATORIAL

Un tema importante en relación con la más reciente historia española y que tiene muchas implicaciones económicas es el de Guinea Ecuatorial.

Se precisan aún de muchos trabajos previos para escribir algo que pueda ser definitivo. Uno que considero esencial es el que nos debe Fernando Fernández Echegoyen, testigo excepcional de la última etapa de la presencia de España en el golfo de Biafra. Hoy, aparte de notar que es preciso consultar la tesina de Gonzalo Sánchez Casas, «Los problemas de una agricultura colonial: los territorios españoles del golfo de Guinea (1940-1960)», presentada en 1975 en la Universidad Autónoma de Barcelona, he leído dos obras que figuran siempre en la bibliografía de futuros análisis. Existen ya más, pero trataré de ellas una vez las haya manejado.

La primera es de Luis Carrascosa, «Malabo. Ruptura con Guinea». Ediciones Mayler, 1977. Me apresuro a decir dos cosas. La primera, que está muy bien escrita. La segunda, que la lei inmediatamente después del documento testimonial de Gabriel García Márquez, «García Márquez en Angola», «Le Nouvel Observateur», 13 de junio de 1977, páginas 95-126. Existen ciertos paralelos entre lo sucedido en 1975 en Angola y en 1969 en Guinea Ecuatorial. También profundísimas diferencias. Pero lo que resulta claro —y también habrá que dilucidar en el futuro las culpas— es que el nacionalismo negro está dispuesto a sufrir toda suerte de incomodidades para sus pueblos a cambio de que desaparezca la presencia blanca. El inicio de la narración de García Márquez es este:

«Hace unas semanas en Angola no se encontraba ya cerillas. Es necesario haber vivido tal experiencia para saber lo que representa: los fumadores, ansiosos, asaltaban a los peatones para mendigarles fuego, detenían a los vehículos para pedirles el empleo del encendedor de salpicadero, y se tenía la impresión de que estaban dispuestos a frotar piedras para hacer saltar la chispa que les salvaría la vida.

Tampoco se encontraba jabón, ni leche, ni aspirinas, ni cuchillas de afeitar, ni muchos otros artículos corrientes para la vida diaria. Después (página 96) nos relata cómo se van deteniendo los servicios del lujoso hotel en que habita en Luanda. Un buen día se interrumpió el servicio de habitaciones: «El empleado del hotel al que pregunté cuándo iba éste a reinciarse, me dio esta respuesta bíblica: «¡Nunca más!» En realidad no lo dijo con fastidio o malhumorado, sino más bien con alivio».

En la página 284 del libro de Carrascosa se recoge este párrafo de uno de los mejores periodistas españoles en las situaciones peligrosas, Diego Carcedo, y referido a la crisis de Guinea Ecuatorial de 1969, que no se ha hecho más que empeorar: «En las ciudades y pueblos importantes comenzaban a escasear los alimentos. Habían cesado todas las actividades económicas. El trueque vuelve a desarrollarse como hace doscientos años. La reacción del presidente Macías es inmediata. En la página 296 se transcribe exactamente sus palabras: «Claro, faltará coca-cola, faltará jabón, porque el Gobierno español trata de hacer bloqueo al Gobierno de Macías. Hermanos, apretar los cinturones. Después de dos meses Guinea Ecuatorial se levantará. Como habéis depositado confianza en mí persona, no importa que nos falte dinero ahora. Plantar yuca, malanga, plátanos... Hay mucha comida en el país que no cuesta dinero». En la página 207 se puede leer un texto análogo.

Pero la patética para mí de la política económica de Francisco Macías Nguema, es que no acertó nunca a aclarar eso del «velo monetario» que para él era en realidad una «niebla monetaria» más espesa aún que la que reina en el camino hacia la cumbre del pico de Santa Isabel. Es claro que a través de meandros que provienen de las viejas leyendas sobre el Tesoro Colonial, que llegaron hasta mí cuando era presidente de la Comisión

MOSAICO DE PRENSA

del Plan de Desarrollo Económico y Social de Guinea Ecuatorial, Macías emprende su búsqueda como si de algo tangible y acumulable en un pequeño espacio se tratase. No tiene sentido el plantear qué leyó Macías, pero sí qué películas vio. Sospecho que bloques de billetes de Banco, en escondrijos especiales, poblaron sus sueños desde que se hizo con el poder: «Piensa que el dinero existe, y que está escondido en algún sitio... Una mañana brigadas de obreros con piquetes perforan los suelos de la Delegación de Hacienda» (página 215). Con sus veinticinco años de funcionario, ¿no sabe bien él que los fondos han venido siempre de Hacienda?

Esta niebla espesa en la que danza se mezcla con otra serie de absurdos: fabulosas minas de uranio y grandes yacimientos de petróleo (página 207); Bancos que se pueden alzar en el área de la peseta —como el Banco de Guinea Ecuatorial (páginas 299-306)—, sin contrapartida ni negociación alguna; infravaloración del papel de los técnicos españoles, como lo muestra su terrible discurso de Eninayong el 19 de febrero de 1969, que sigue al enloquecimiento colectivo —de los auditores y del orador— de Nsork muy poco antes, y que provoca el terror y el éxodo de los españoles de Río Muni; ignorancia de qué es eso del tipo de cambio, de la circulación del dinero o de los impuestos que decide como premio por la independencia que «no se pueden subir» (página 204); creencia de que los alimentos pueden darse gratis —e incluso que deben darse—, tanto en España como en Guinea Ecuatorial (página 296); seguridad pasmosa en que la comunidad internacional impedirá siempre que el hambre se expanda entre los pueblos subdesarrollados: «¿Cómo nos van a dejar que muramos de hambre si ahora Estados Unidos está ayudando a Biafra... Y a un pueblo pacífico como el nuestro... ¿cómo nos van a dejar? Sería incorrecto» (páginas 296-297).

El panorama en el que vive Macías ya lo había adelantado en España. No fue en un campo de fútbol (página 231), sino en nuestro palacio de Santa Cruz, donde Francisco Macías Nguema pronunció, al menos por primera vez, estas palabras increíbles: «El hombre que hizo posible la independencia de África fue Hitler al provocar la guerra en Europa, consiguió traer la libertad que hoy día disfrutamos (los africanos). Por más que dicen que Hitler fue malo, en realidad se equivocó. Hitler intentó salvar a África. Es donde tuvo que luchar, pero después empezó a anexionarse a los países europeos. Ese es el hombre que nos ha dado la libertad. Tened «so bien presente». Ante este inaudito elogio a Hitler, que dejó a todos pasmados, y que se pronunció en la conferencia Constitucional, Ndongo pronunció sin saberlo, su sentencia de muerte: «Macías no ha hablado en nombre de Monalige; sus opiniones son puramente personales». Al día siguiente, fui a almorzar con Pedro Ekong. Me dijo: «Nos hizo Macías avergonzarnos de ser guineanos».

El libro de Carrascosa, junto con los otros que se irán publicando, había pensado comentarlo dentro de una nota histórica general para «Nueva Historia», si es que Ricardo de la Cierva, senador, sigue interesado sobre todo por la Historia contemporánea. Lo pensé porque poseo datos que en parte deben darse a conocer y que explican el confuso panorama MUNGE-MONALIGE-IPGE que se presenta en las páginas 140-149. También deben rectificarse ciertas informaciones, como por ejemplo, cuando al pequeño «Pizarro» se le convierte ya en crucero (página 82), ya en acorazado (página 294). Adelanto que, por ahora es este autor el que adivina más cosas, aunque ignora algunas esenciales. Pero si me importa decir que está escrito desde la dignidad, y ajeno a todo un mundo de sabandijas de las que, parece, tuvo alguna noticia, pero que debe haber considerado Carrascosa que pertenecen, como algo natural, a las excrecencias que proporciona la humedad de Fernando Póo y Río Muni.

Otro libro que debe leerse, sobre todo después del durísimo ataque que el autor recibió del PSOE, es el de Antonio García Trevijano, «Toda la verdad». Mi intervención en Guinea. Dronite, 1977. En el prólogo señala (páginas 8-9) que va a escribir un

libro sobre el «drama» y la «comedia» de Guinea Ecuatorial. Es curioso que los que actúan en la «comedia» sean los que participan en actividades económico-financieras. En el libro se habla de ciertos conocidos míos. Me desagradó su léxico para los muertos políticos ajusticiados por Macías: «lacyo» (páginas 21 y 37) para Atanasio N'Dongo; «secuaz» para Armando Núñez de Bolboa Dougan (páginas 17 y 38) y Saturnino Ibongo.

Algunos documentos sobre el Banco de Guinea Ecuatorial, sobre «Fingineia», sobre el Banco Central de la República de Guinea Ecuatorial y acerca del INFOGE —Instituto Nacional de Fomento de la Guinea Ecuatorial— (páginas 79-83, 95-106, 37, 42-43, aunque parciales, vienen muy bien para conocer entresijos y complementos de informaciones que yo había acumulado sobre estos temas. Es curioso que a veces me llegasen a través de miembros de mi cátedra, a los que ciertas personas de la «comedia» trataron vanamente de involucrar en esas cuestiones. Dejo a un lado el tema de «Italcambio», (páginas 108-110), pero sí me interesa destacar que si existe un disparate científico es el que se contiene en el documento 14 para efectuar una planificación del desarrollo de Guinea Ecuatorial, en la que aparece la fantástica figura del doctor Montoya (páginas 111-120 y 122). Si esto tiene alguna disculpa, quizá se halle en la página 45, cuando García Trevijano señala que todo lo redactó «sin ningún libro que poder consultar». Entre los economistas científicos, eso, cuando mínimo, se llama irresponsabilidad. Es curioso que Montoya (página 122) le diga a García Trevijano: «...tú no has cobrado minuta alguna ni obtenido beneficio en relación con los trabajos de investigación de Recursos Naturales realizada por mí en dicho país y para tu Plan de Desarrollo». Ese «tu Plan de Desarrollo» así mencionado el 25 de octubre de 1976, es significativo. La carta de Macías página 107, y añadido, ¿redactada por quién?— habla de ayudas del Banco Mundial. Como es lógico, este organismo discute de temas serios y con interlocutores que saben de qué se trata, no de desatinos científicos. Ignoro si ayudó en algo o en nada.

Dejo a un lado el asunto SIMED, donde se involucra a Pedro Ekong, que por cierto está exiliado en Camerún. Dejo para un trabajo de otro tipo mil otros detalles curiosos o importantes como el de la peseta guineana. Pero he de decir que el PSOE ha admitido con demasiada facilidad todo el documento de la ANRD, y puesto así algunas —creo que no muchas— armas de defensa en manos de García Trevijano y del «presidente del Comité Central del Partido Único Nacional de Trabajadores (PUNT) y presidente vitalicio de la República, gran camarada y mayor general de las Fuerzas Armadas Populares, S.E. Mesié Biyogo Negue Idong» (página 68), nombre actual que se da Francisco Macías Nguema, y al que añade el de «gran líder popular» (página 67). En «Newsweek» de 20 de junio de 1977 (página 28), bajo el título «Reigns of terror», el tema se actualiza y resume así: «En Guinea Ecuatorial, en la costa occidental africana, el Presidente Francisco Macías Nguema, que según dicen sus oponentes dio muerte a 50.000 de los 324.000 ciudadanos de su nación— a caza y mata a los pocos súbditos educados que le quedan. Asegura Macías: «Los así llamados intelectuales son el mayor problema con el que se enfrenta hoy África».

De acuerdo. El día que asesinaron los secuaces del gran líder a mi amigo, que me honró con el título de «hermano», Agustín Eñeso Neñe, decidí que este crimen no quedaría impune. Los intelectuales somos peores que el «gen-gen». Molestamos tanto como él y de pronto picamos como la mamba. Ahora el gran líder y sus lacayos han penetrado entre cacahoteros y el «gen-gen» ha empezado a molestarles. Ya no sólo se hace presente desde el lado de Felipe González, y eso que el ataque de éste ya levantó una ampolla que no se ha curado ni mucho menos.

Juan VELARDE FUENTES

(Catedrático de Economía de la Universidad de Madrid, en «Arriba»)

DIALOGO CONSTRUCTIVO SOBRE EL FUTURO DE LA ESCUELA

El documento sobre la enseñanza que han publicado los obispos españoles al concluirse su XXVI asamblea plenaria no aporta, en realidad, grandes novedades en cuanto a su contenido ideológico. Si las hay, en cambio, en lo que se refiere a la claridad en las formulaciones y al estilo y tono dialogante del documento entero. Los obispos no claman tonantes, no exigen en nombre de Dios, no amenazan en nombre de poder alguno, «presentan respetuosamente» a la comunidad española su pensamiento y anticipan que en modo alguno desean que un tema como éste pueda convertirse en factor de división entre los españoles.

Esta suavidad no excluye, sin embargo, la energía en la defensa de unos derechos que no son, en rigor, de los obispos ni de la Iglesia misma, sino de los padres creyentes, a quienes los obispos no pueden en modo alguno abandonar en algo tan sagrado como es la promoción de la fe de sus hijos.

La escuela —recuerdan los obispos— no puede ser neutra. Siempre hay tras un proyecto educativo una determinada manera de ver y de explicar el mundo. Desde otro ángulo, la fe no es separable de la cultura. Arrinconar la fe en el campo de la pura conciencia individual es desnaturalizarla, es violarla y desarraigarla. Es, pues, perfectamente lógico el que un padre creyente desee que la fe sea parte del proyecto educativo de sus hijos. En España, concretamente, recién

tes encuestas prueban sobradamente que éste es el deseo expresado del 93 por 100 de los padres con hijos en edad escolar. ¿Podría el Estado ignorar este derecho? ¿Podría limitarse a aceptarlo en teoría haciéndolo inviable en la práctica?

Aquí los obispos son tajantes en sus afirmaciones; no corresponden al Estado fijar por su cuenta o por el criterio alternante de sus equipos de Gobierno el modelo educativo que ha de inspirar, en lo ideológico, el sistema de enseñanza. El Estado debe, más bien, ofrecer todos los modelos educativos que sean reflejo de las tablas de valores que se registren en el cuerpo social.

Que en la España actual existen varias tablas de valores parece claro. Que un porcentaje altísimo de padres —como prueba la estadística— desean una formación cristiana lo es también. Tendrá, pues, el Estado que proteger esa pluralidad, tendrá que abrir caminos efectivos para que esa mayoría de padres vea reflejada su aspiración cristiana entre los modelos educativos del país. Y tan incorrecto como sería imponer obligatoriamente una fe a quien no la desea, resultaría inaceptable el que se pusieran impedimentos activos o pasivos para quien desea ver la fe reflejada en la educación cultural que sus hijos reciben.

Este derecho de los padres cristianos, podrá en algún caso colisionar con otros derechos. Y función del Estado será conseguir que esos derechos se compaginen sin anularse. En rigor, la fe no

puede ir contra la justicia o contra la aspiración de que todos los españoles puedan llegar gratuitamente a la enseñanza. Pero tampoco estas justas aspiraciones podrán chocar con la fe. Y las exigencias de la fe no podrán ir contra la calidad de la enseñanza, así como la búsqueda de esta calidad no tiene por qué ser un obstáculo para el anuncio de la fe.

A nadie se le oculta que estamos ante un tema delicado en el que más de una vez se cruzaron intereses creados y en el que puede que algunos enfoques económicos se disfrazaron con el hermoso nombre de la fe. Tendrán que corregirse los abusos, pero sin atentar a los derechos.

Los obispos exponen todas estas consideraciones con la mano tendida del diálogo. Manifiestan expresamente su confianza en la recta intención de los grupos políticos, incluso de aquellos que han manifestado visiones distintas del problema. Confían en que el diálogo común impida que este tema termine por convertirse en un conflicto religioso que pudiera dividir a los españoles. De lo que se trata es del bien común de todos, no de imponer unos criterios de grupo. Pensamos que esta mano tendida de los obispos debe encontrar abierta la mano del diálogo de todos cuantos buscan no imponer su ideología, sino servir al bien común. En «ABC»



RAMON, en «Pueblo»

LAS ISLAS CANARIAS

Las Islas Canarias, terminante e inequívocamente, son españolas

España no permitirá bajo ninguna circunstancia una investigación o una negociación relacionada con la pertenencia de las Islas Canarias. Esta será la contestación del Gobierno español, cuando de manera definitiva la Organización para la Unidad Africana (OUA) decida enviar una comisión investigadora al grupo de islas del Archipiélago Canario, para convencerse sobre la profundidad y el arraigo en estas islas del así denominado «Frente de Liberación para la Autonomía y la Independencia del Archipiélago Canario» (MPAIAC). Con motivo de la celebración de la Conferencia de la OUA en Libreville (Gabón) los ministros de Asuntos Exteriores africanos han decidido el envío a las Islas Canarias de una comisión investigadora semejante. Esta decisión se halla todavía pendiente del asentimiento de los jefes de Estados africanos. Los ministros de Asuntos Exteriores han expresado su opinión de que las Islas Canarias, sin duda alguna, pertenecen a África. Sin embargo, los citados ministros no están del todo seguros de si el MPAIAC, representa, en efecto, la voluntad de la población canaria. El MPAIAC, bajo el mando del abogado Cubillo, que vive en el exilio, se ha dado a conocer por medio de una serie de atentados con bombas en las Islas Canarias. El Gobierno argelino, después de la entrega por parte del Gobierno español del Sáhara Occidental a Marruecos y Mauritania, ha ofrecido a Cubillo toda clase de facilidades para dirigirse por Radio Argel, en emisiones de noche, a la población canaria. Estas emisiones se oyen muy bien, aparte de en las Islas Canarias, en la Península. También la oposición española de tendencia izquierdista, que en el asunto del Sáhara se situó más bien al lado de Argelia y del Movimiento de Liberación del Polisario, ha exigido a Argelia que cese en su ayuda a Cubillo y al MPAIAC. Todos los partidos políticos españoles se han pronunciado en contra de la separación de las Islas Canarias de España; aunque sí recomiendan más derechos de autonomía para los canarios.

WALTER HAUBRICH, en «Frankfurter Allgemeine Zeitung»